

Mas volviendo al relato, es de advertir que una vez embarcados la fujitiva y su acompañante, la primera idea de ella fué desembarazarse del que descaradamente aspiraba al título y goces de su galán. Dióle, en consecuencia, gracias por los servicios que hasta aquel momento le habia prestado, y una razonable recompensa en dinero, deseándole feliz viaje y pronta vuelta á la capital de Nueva-España.

Corta-orejas oyó con gravedad imperturbable la jaculatoria de Catalina, aceptando sin ceremonias el dinero; y en seguida declaró que ni pensaba, ni debia volver á México hasta que en completa seguridad dejase á *la señora*. Al escuchar tal declaracion estremeciése la delincuente, porque á la verdad ni su degradacion la habia pervertido el gusto lo bastante para que sin repugnancia invencible mirase á un hombre brutal y asqueroso en todos conceptos, ni el peligro y equívoca posicion en que se hallaba le permitian rechazarlo de sí con el profundo desden á que realmente eran acreedores los osados designios del bravo.

En tal conflicto acudió Catalina á su astucia, tratando de persuadir á su perseguidor de que seria una locura unir su suerte á la de una mujer proscrita; insinuándole, á mayor abundamiento, que en el instante en que en tierra para ella segura pusiera la planta, iba á encerrarse en un claustro, en espacion, no del crimen de que *injustamente* se la acusaba, sino de la desdicha de haber dado lugar á tan horrible *calumnia*. Corta-orejas, habiendo hecho á D. Alonso de Avila un servicio tan importante, cual lo era el de conducirla sana y salva á bordo del bajel en que hablaban, podia contar de seguro con una espléndida recompensa á su regreso á México, así como con la constante proteccion de aquel caballero, el mas espléndido, magnífico y poderoso de todo el reino. Mas aún: ¿cuál no seria la inquietud de D. Alonso si su mensajero no regresaba á noticiarle el feliz éxito del peligroso viaje, por dicha sin contratiempo terminado? Era, pues, indispensable que Corta-orejas se volviese por donde habia venido; salvo, de insistir en su propósito de unirse con Catalina, el proporcionarle ella, como con solemne juramento se lo ofrecia, los medios necesarios para verificarlo, dándole aviso del lugar de su retiro.

Tal fué, en compendio, el raciocinio de Catalina, escuchado por el bravo con religiosa atencion y muestras de convencimiento tan evidentes, que la dama de Bocanegra llegó á esperar que habia logrado su fin: mas el incesorable bandido contestó á todo con la siguiente laconica, pero concluyente respuesta:

—Vuesa merced, señora mia, lo dice como quien es: pero á mí D. Alonso me ha mandado acompañarla hasta que la deje en paraje seguro á toda mi satisfaccion, que ha de ser la suya; y ni por ánjeles ni por demonios, dejaré de cumplir la orden que me dieron.

¿Qué replicar á tal jénero de argumento? ¿Qué oponer á tan invencible obstinacion? El silencio, la resignacion y la astucia. Por lo

que hace al patron, en sus instrucciones se le mandaba acoger á bordo á un hombre y á una mujer, que le presentarian cierta contraseña: la mujer y el hombre allí estaban, la contraseña tambien; tocábale solo darse á la vela, y así lo hizo sin meterse en mas averiguaciones.

Singló, pues, la nave con viento en popa hácia las salvajes costas de la Florida; recojióse Catalina en su camarote; y mientras la tripulacion atendia á la maniobra, Corta-orejas, paseándose á compas sobre el puente, meditaba profundamente su plan de operaciones para lo sucesivo. Sus naves estaban quemadas ya, porque en realidad la orden que de Avila recibió fué para acompañar á Catalina hasta embarcarla, y en seguida regresar á México, donde las muertes de Absalon y de Alma-negra, y los sucesos que se preparaban, hacian necesaria la presencia de un hombre como él, que gozaba de cierto prestigio entre los de su especie. Así, en el hecho solo de hallarse embarcado, Corta-orejas contravenia á los preceptos de su dueño tan abiertamente, que la reconciliacion le era imposible; y por consecuencia, ya entonces, si Catalina y su dinero y joyas se le escapaban de entre las manos, podia considerarse en el caso de un hombre que voluntariamente se arroja á un precipicio.

Para mayor complicacion, á los ojos del bravo era evidente que la fujitiva no sólo no sentia hácia él la menor inclinacion simpática, sino que cordial y profundamente le detestaba, siendo de presumir que aprovechara con anhelo la primera ocasion que se le presentase para desembarazarse de su molesta compañía.

Sin ilusiones, pues, y colocado entre la miseria y el crimen, situacion infinitamente peor, en su concepto, que la de estar entre la espada y pared, Corta-orejas no vaciló un instante siquiera en la eleccion, pues que el crimen era su natural elemento, y la miseria harto su conocida para que por el pensamiento pudiera pasarle la idea de aceptarla, ni por un solo instante. Lo que de veras le aquejaba y tenia perplejo era el no hallar medio espedito y obvio para satisfacer pronto, por completo, y sin arriesgar el pescuezo demasiado, su brutal antojo por la mujer, y su insaciable codicia de riquezas juntamente.

Violar y robar, que, para llamar las cosas por sus nombres, eso y no otra cosa meditaba aquel dignísimo bandido; violar y robar en un buque, aunque como aquel esté por casi piratas tripulado, y aun cuando se trate de una mujer á quien sus crímenes y mala suerte hayan puesto, como á Catalina, fuera de la ley comun, privándola de todo amparo en la tierra; violar y robar, repetimos, en un buque, á una infeliz que bajo la salvaguardia de su tripulacion se halla, son acciones que ni aun entre piratas se cometen impunemente, porque aun en aquellas asociaciones, en odio de la moral pública, por decirlo así, formadas, hay siempre un resto de pudor, ó mas bien un instinto de propia conservacion, que les aconseja y obliga á poner freno en lo que á ellas mismas toca, á la ferocidad que en masa ejercen

contra el resto del universo. Era, por tanto, para Corta-orejas evidente que mientras Catalina estuviese á bordo, no queriendo ella, como no queria, ni abrirle los brazos, ni entregarle sus tesoros, forzoso le sería reprimir sus brutales ímpetus, so pena de figurar luego pendiente de una verga á guisa de espanta-pájaros, situacion elevada de que el bravo no se sentía ambicioso en ningun modo. En tal supuesto, no habia mas de aplazar la realizacion de sus deseos hasta el desembarque; pero entonces, aunque el crimen ya en tierra contase con mas probabilidades de impunidad, todavía le quedaban sobradas al castigo para no proceder de lijero. Corta-orejas, desconocido en América, gozaba en Europa de cierta hedionda popularidad entre los criminales, corchetes y ministriles de todos los paises, y singularmente en España, Portugal, Flandes, Alemania, Italia, y hasta en la Francia misma. Tales y tantas y tan graduadas fueron sus fechorías de todos jéneros, que apenas podía decirse que hubiese un tribunal que no le reclamara; y para hombre de tal fama desembarcarse en Europa equivalia á consagrarle al cáñamo su garganta, y al diablo su alma.

Embarcado así, tanto en el sentido recto cuanto en el metafórico de la frase, en una aventura rodeada de riesgos infinitos; habiendo de caminar siempre sobre el borde de un precipicio; y con la seguridad de dar en la horca si el equilibrio le faltaba un solo instante, no perdió Corta-orejas, sin embargo, su presencia de espíritu; antes por el contrario, Satanás su patron, sujirióle un proyecto verdaderamente infernal, para hacerse dueño, al parecer sin grave riesgo de su persona, de la de Catalina, de las joyas que fueron del encomendero de Acama y del dinero de D. Alonso de Avila, finalmente.

Sereno el cielo, apacibles las olas, fresco y propicio el viento, deslizábase lijero el buque sobre las aguas del Atlántico, como blanco cisne sobre la superficie de tranquilo estanque; y el patron, orientadas las velas, y comunicadas al piloto las instrucciones para la noche necesarias, iba á entregarse al descanso, cuando advirtiendo que aun sobre el puente permanecia su pasajero, invitóle con ruda cortesía á reforzar el estómago, antes de acostarse, con cierto aguardiente europeo que en su cámara tenia. Cuenta la historia que Corta-orejas creyera pecar mortalmente rehusando cualquier convite de tal especie; por lo cual, y conviniendo á sus designios congraciarse al patron, apresuróse á seguirle hasta la cámara de popa, dándole gracias por la invitacion que aceptaba.

Difficil nos fuera determinar quién habia visto mas mundo, si el convidante ó el convidado; porque entrambos eran hombres de aquellos que al morir, de todo tienen derecho á quejarse menos de no haber vivido: mas con esta diferencia, que el marino habia siempre especulado con su vida, mientras que el bravo infinitamente mas con la ajena que con la propia. En la biografía del patron, si se escribie-

ra, no pretendemos que hallase ningun padre de familia ejemplos morales que proponer á sus hijos; mas la de Corta-orejas pudiera servir de libro de testo y leerse en cátedras de perversidad. En resumen: aquel conocia lo malo, y este lo practicaba, que son cosas har- to distintas.

Sin embargo, entendiéndose perfectamente el uno al otro, y no teniendo nada mas agradable en que ocuparse, pasaron la noche entera sentados á la misma mesa, cada cual con su vaso y botella delante, y departiendo al principio sobre las costumbres (malas se entiende) de los diversos paises que uno y otro habian visitado; algo mas tarde hablando de mujeres, por de contado no buenas; todavía despues de pendencias, no siempre leales como duelos entre honrados caballeros; y poco antes, en fin, de que el alba despuntase, nada menos que de D. Alonso de Avila, de Catalina Ponce, del objeto de aquella navegacion, y del mismo Corta-orejas por último.

Gran bebedor era el bandido; pero el patron un verdadero mosquito, uno de esos hombres que tienen sobre las cubas la ventaja de no criar madre; con estómagos que parecen perforados, como los toneles de las Danaidas; con cabezas que despiden de sí los vapores del vino, cual las superficies cóncavas los sonidos. Alcohol puro, que no aguardiente, pudiera beber el bueno del hombre hasta la consumacion de los siglos, sin pasar nunca de cierto estado de perezosa beatitud, en el cual, purpurino el rostro y sobrado gruesa la lengua, hablaba poco, pero oia mucho y bien, sin perder ni un solo instante la conciencia de su ser é intereses.

Aconteció, en consecuencia, que cuando ya pudiera decir Corta-orejas aquello de

“Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?”

Porque en efecto, veia delante de sí mas candelillas que estrellas tiene la rejion tropical en que navegaba; el patron, conservando perfectamente despejada la cabeza, creyó oportuno el momento para satisfacer la curiosidad, sobrado natural, que le aquejaba, relativamente á su bella pasajera y no muy católico acompañante.

Aunque en frases inconexas, amenizadas con chocarrerías fríaldas, blasfemias que hicieran estremecer á un Aquelarre, y necedades que envidiara un cóncave de filósofos, bastante dijo la ebria lengua del bravo para que su comensal supiera que Catalina fué un tiempo dama de D. Alonso, y que este, para salvarla del suplicio, habia escalado la cárcel de México, donde se hallaba presa como acusada de adulterio y parricidio consumado en la persona de su marido. Ni omitió Corta-orejas encarecer las riquezas que Catalina llevaba

consigo, ni supo del todo ocultar sus designios relativamente á la persona y tesoros de la dama; por manera que el marino fué dueño desde aquel instante de su secreto, y por consiguiente de su vida.

Mas al rayar el alba, dormia profundamente el bandido debajo de la mesa, y el patron en su hamaca; la delincuente sola, á quien su peligrosa deplorable situacion acortó el sueño, velaba en el buque, esceptuando el cuarto de servicio.

—“¿Qué va á ser de mí?” (pensaba Catalina, melancólicamente apoyada en la borda del buque, y fijos los ojos en su espumosa estela.) “¿Qué va á ser de mí, sola en la inmensidad del universo, proscribita por las leyes de los hombres, maldecida por las de Dios, y sin mas amparo que el de un bravo, mas codicioso de un poco de oro que poseo, que de mi persona misma!—¿A dónde volveré los ojos, buscando amparo?—¿Quién escuchará mis lamentos?—¿Y qué he ganado, Alonso, con que de la cárcel de México me sacaras, si habias de negarme tus brazos, y luego lanzarme al mundo, como una piedra al espacio, abandonándome á merced del acaso?—Debí haber esperado á Bernardino.... ¡Ah, si él estuviera conmigo, nada tendría yo que temer!.... ¡Pero, si no le amo, si le detesto!.... ¡Yo no puedo amar, yo no he amado mas que á Alonso! ¡Y el ingrato me negó sus brazos!.... ¡Maldita sea la hora en que le hice traicion, vendiéndome, necia de mí, al oro que nunca gocé del pérfido Juan Ponce....! ¡Ah! ¡Juan Ponce!.... ¡De ese al menos me he vengado!.... ¡Bien se clavó en su corazon la daga de Bernardino!.... ¡Implicable Juan Ponce!.... ¡Maldita seas, Catalina, en este y en el otro mundo!.... Paréceme que aun le escucho.—¿Y qué me importa su maldicion!—En este mundo.... Del verdugo ya estoy libre.—¿Y del bandido!—Oh! á ese, en último resultado, le engaño, y luego.... yo soy bella, no me faltará quien haga con él lo que Boca negra con el encomendero!.... Pero hay otro mundo, y allí.... No lo hay: no hay otro mundo, yo no lo creo, no quiero creerlo.... ¡Llamas eternas!—¡Bah! ¡Imposible! Esas son patrañas; la muerte lo acaba todo.—¿Qué es lo que queda de Juan Ponce?”

Así, desvariando impía aquella alma perversa, y rehusando rejenerarse en el raudal del arrepentimiento, llegaba hasta negarlo todo; así, huyendo de sus propios remordimientos, refugiábase en los helados brazos del ateismo, porque tanto monta negar la inmortalidad del alma, como la existencia del Ser Supremo; sin aquella, este seria un absurdo.

En tanto las horas corrian, y reparadas las fuerzas de Corta-orejas con el profundo sueño disfrutado, la razon, ejerciendo en él su natural oficio, acusábale de las graves imprudencias cometidas la noche anterior. Maldiciendo, pues, el aguardiente y su propia intemperancia, pero disimulando profundamente sus recelos, llegóse al patron, y con arte digno de cualquier diplomático consumado, hizo recaer

la conversacion sucesivamente, primero sobre la pasada orija en jeneral, despues sobre Catalina, y últimamente sobre sí mismo, todo con el piadoso objeto de indagar si habia ó no andado indiscreto, como con razon lo temia.

Pero de aquellos dos hombres podia con rigurosa esactitud decirse lo que el proverbio italiano de dos tunos redomados que de engañarse tratan recíprocamente, que la lucha era de *Galeota á Marinero*, esto es, de *Presidario á Marinero*, ó sea de pícaro á pícaro y medio. El patron no recordaba una sola sílaba de cuanto habia dicho ó escuchado la noche anterior; ni tenia conocimiento del nombre siquiera de Catalina; ni menos de las aventuras de su comensal. Habíasele subido el aguardiente á la cabeza, proporcionándole largo y profundo sueño. A eso se atuvo, eso aseguró con tal naturalidad y completa ausencia de afectacion, que, siendo Corta-orejas no menos receloso y asombradizo que perverso y desalmado, quedó con todo plenamente tranquilo, si bien jurando no escederse en lo sucesivo en materia de aguardiente, mientras su proyectada aventura no llevase á cabo.

Al ponerse el sol halláronse los navegantes á la altura de la Florida, y dando vista á sus costas tan de cerca que, casi sin necesidad de servirse del anteojo, pudieran distinguir las humanas fisonomías, si alguna se mostrase en las entonces desiertas playas. Era tal, sin embargo, la fama de la ferocidad y valor indomable de los naturales de la tierra, que un estremecimiento involuntario ajitó los nervios de toda la tripulacion y de los dos viajeros, al considerarse tan vecinos á una rejion en que, segun las creencias de los indios, se escondia una famosa fuente cuyas aguas maravillosas rejuvenecer podian al más anciano de los mortales en pocas horas, mas que para los castellanos era una especie de bátrato insondable, donde su esfuerzo y fortuna naufragaban constantemente.

Por de pronto el buque se puso al paio; flojos los cables, azotaban sus palos; recojidas sus velas y vacilante su casco, el que poco antes volátil acuático, asemejábase á flotante boya; y el silencio profundo, la ansiedad congajosa que á bordo reinaban, parecian presajio de alguna gran desdicha.

Y en efecto, ya en el cielo divisaba el ojo esperto de los marineros los síntomas infaliblemente precursores de una de las espantosas tormentas con que, bajo los trópicos y en sus inmediaciones, suele la mano del Eterno agitar tan hondamente los mares, que no parece sino que amenazan devorar las inmensas tierras que circundan.

Antes de la media noche la tempestad era inminente; tan inminente, tan formidable, que despreciando ante la ira celeste todos los riesgos que por parte de los hombres correr pudiese, mandó el patron aparejar para la costa, y singló á ella tan resuelta como hábilmente.

No hubo una voz que lo contrario osara aconsejarle; no hubo un brazo que á la maniobra no estuviese pronto, mas tampoco un cora-

